

LA REVOLUCIÓN HÚNGARA DE 1956: EL CARÁCTER POLÍTICO Y LA ORGANIZACIÓN SOCIAL

Dolores Ferrero Blanco

Universidad de Huelva, Spain. E-mail: ferrero@uhu.es

Recibido: 7 Diciembre 2005 / Revisado: 12 Enero 2006 / Aceptado: 31 Enero 2006 / Publicación Online: 15 Junio 2006

Resumen: Este artículo trata fundamentalmente de cuáles fueron las bases ideológicas de la Revolución Húngara de 1956 y la reforma del socialismo que pretendió. Qué tipo de revolución se deseaba y cuáles fueron los planteamientos de los distintos grupos que se sublevaron contra el sistema pro-estalinista impuesto en Hungría desde 1947. En definitiva, a qué se denominó *socialismo democrático* en Hungría, cual fue su singularidad y en qué disenta del “modelo soviético”.

Palabras Clave: consejos obreros, economía mixta, elecciones, socialismo democrático.

INTRODUCCIÓN

La revolución húngara de 1956 fue la disidencia más radical que se planteó frente al estalinismo o “modelo soviético” durante el período de la Guerra Fría hasta la década de 1980. Desde ese momento, el deterioro del régimen sería ya insalvable y sobrevino la caída del sistema de un modo irreversible y en todos los países del área en el espacio de un sólo año.

Fue una explosión de rebelión espontánea de una población subyugada por un sistema proestalinista, el de Mátyás Rákosi, que provocó la oposición de toda una nación, aunque la iniciara una manifestación estudiantil el 23 de octubre, en principio, como un simple apoyo a las reivindicaciones polacas que venían sucediéndose desde el junio anterior. Sin embargo, en un sólo día se le unieron obreros, empleados, intelectuales y todos los grupos sociales que componían la sociedad húngara, convirtiéndose durante trece días en un desafío que pretendió terminar con las bases que sustentaban la estructura del edificio que había construido la URSS desde 1945.

La revolución, protagonizada en la lucha de la calles por jóvenes de enseñanza secundaria y de la universidad, pero secundados de inmediato por toda la sociedad, tuvo un enorme impacto mundial, cuestionó el sistema establecido en Yalta y terminó con una dura represión, tanto externa, de la propia URSS, como interna, durante el régimen que siguió al aplastamiento de la misma: el de un antiguo colaborador de los reformistas aliado después de los soviéticos, János Kádár.

La revolución no tuvo líderes que la impulsaran, pero si representantes que, una vez comenzada, asumieron los riesgos y planteamientos de aquel pueblo que se puso en pie y no estuvo dispuesto a ceder hasta que le obligaron con la fuerza de los tanques. Uno de esos líderes procedente del sector reformista del propio partido comunista, Imre Nagy que, junto a otros varios disidentes, sufrió dos años más tarde, en 1958, la más dura represalia, la pena de muerte.

La revolución húngara tuvo muchos aspectos dignos de estudiar en profundidad. En este trabajo nos planteamos estrictamente su carácter político, su singularidad. Nuestra percepción es que fue una revolución que pudo cambiar el futuro de Europa y adelantar una posible transición a la democracia. Pero no hubo ocasión de comprobarlo porque fue abortada antes de comprobar sus posibles fructíferas consecuencias.

1. LA IDEOLOGÍA DE LA REVOLUCIÓN

El debate acerca de si la revolución húngara respondió a un proyecto político que pretendía otra forma de socialismo o si fue únicamente un deseo de pasar a un sistema político capitalista occidental (lo que el gobierno húngaro de corte estalinista calificó de contrarrevolución) ha

consumido muchas páginas desde 1956 y el tema es todavía objeto de polémica. Si bien es cierto que es grave la confusión acerca de una cuestión de esta naturaleza, no sólo para la historia de un país sino para el estudio de la evolución del pensamiento político de la izquierda europea, también es bastante disculpable dadas las actitudes que se adoptaron tanto en la URSS y Europa del Este, como en los EE. UU. y Europa Occidental.

La actitud de Occidente colaboró en dar la imagen de contrarrevolución porque, incluso los que lamentaron no hacer lo suficiente por los húngaros, sólo reconocieron en su lucha la “búsqueda de la libertad” y la “lucha contra el comunismo” (sin más matices), pero no prestaron atención a todas las demandas de los revolucionarios húngaros ni a la evolución de las teorías políticas de muchos de los ideólogos comunistas europeos tanto anteriores como posteriores al XX Congreso del PCUS, con las que muchos de los insurrectos se identificaron. Al mundo, en general, no le interesó la especificidad de esa revolución y sólo situaron el conflicto en la disyuntiva entre dos categorías: liberales y estalinistas. Por otra parte, a las autoridades húngaras prosoviéticas y a la URSS todavía les interesó más que a Occidente difundir que la insurrección significaba un deseo de adoptar los modos de vida capitalistas y justificar así la invasión y la represión posterior, cuya dureza serviría como advertencia de que la URSS no iba a consentir veleidades políticas en el resto del bloque del Este.

Es más, todavía en el 25 aniversario de la revolución, en 1981, las autoridades húngaras del momento defendieron en todos los medios de comunicación la versión oficial de la *conspiración contrarrevolucionaria*, aunque también es cierto que la oposición tuvo ocasión de conmemorarla a su vez, ante las tumbas, y reproducir textos de la época¹.

No podemos aquí afirmar, ni mucho menos demostrar, si los que se levantaron mayoritariamente contra el régimen húngaro fueron buscando una “reforma del socialismo” o “un socialismo en dignidad” o “de rostro humano”, como se le llamaría más tarde en Praga en 1968, o si sólo aspiraban a salir de la situación presente en aquellos días. No existen estadísticas sobre ello ni el pueblo húngaro tuvo la oportunidad de votar en un referéndum sobre unos presupuestos que se les plantearan. No hubo tiempo de llevar a efecto tal propósito,

aunque ciertamente existió. Pudo haber entre los que se alzaron contra el brutal régimen de Rákosi sectores apolíticos que sólo pretendieran mejorar su nivel de vida, lo que aparecía como algo muy factible casi con cualquier otro sistema; pudo haber también quienes añoraran un pasado de privilegios (si sus medios se lo habían permitido anteriormente) o prefirieran por elección ideológica el capitalismo y desearan aproximarse todo lo posible a un régimen “occidental”; otros, que fueran estalinistas convencidos y sólo tuvieran odio personal a Rákosi y a sus formas de gobernar. Finalmente, otro sector que pretendió, sin duda, una reforma del socialismo.

En definitiva, es imposible precisar con exactitud la variedad ideológica de los que protagonizaron el levantamiento, pero las tendencias que se detectan a través de los múltiples textos, reivindicaciones de los diferentes sectores sociales, opiniones vertidas en la prensa y discursos o declaraciones de los líderes de los diferentes partidos que volvieron a reaparecer, podrían agrupar a los diferentes sectores en tres: en primer lugar, los que manifestaban desear un socialismo auténtico, Nagy y sus más cercanos colaboradores, incluso de distintos partidos, como el caso de István Bibó que siendo del Partido Nacional Campesino, muestra en su Proyecto de Constitución una identificación total con los planteamientos de Nagy, como veremos enseguida; en segundo lugar, los interesados especialmente en cortar los lazos con la URSS y defender un nacionalismo liberal, que fue el movimiento que se extendió con fuerza por los lugares más lejanos de las grandes ciudades, que apenas sabían quién era Imre Nagy o que les era indiferente porque sólo deseaban abandonar en el campo la colectivización forzosa. Y, por último, un tercer grupo que deseaba claramente volver al sistema capitalista, que se apoyaba en especial en la religión católica y cuyo símbolo fue el cardenal Mindszenty, junto con las clases aristocráticas desplazadas desde 1945, a los que se aproximaron, incluso sin la aprobación del Prelado, sectores cercanos a la extrema derecha.

De cualquier modo, puesto que la unión de estos grupos fue fraguándose en pocos días y todos aceptaron el liderazgo de Nagy -aunque muchos sólo lo apoyaran porque no concebían que fuera posible otra alternativa para la URSS- creemos que es fundamental tratar de comprender qué se buscó en ese movimiento que, en definitiva, aglutinó a los insurrectos que lo aceptaron. Y

podemos hacerlo a través de dos cauces: en primer lugar, mediante el análisis de la elaboración teórica que lo sustentó, estudiando los planteamientos de sus líderes políticos y de las reivindicaciones de los grupos que la apoyaron; en segundo, respecto a la aceptación y la puesta en práctica de sus teorías, observando cuáles fueron las formas de organización que se emprendieron (los planteamientos socioeconómicos) que el pueblo suscribió con su presencia en la calle y con la creación de *consejos*.

1.1. Los planteamientos teóricos de la revolución

a) El pensamiento de los políticos reformistas

Para conocer el “modelo” de revolución que los políticos reformistas pretendieron llevar a cabo, es imprescindible atender al pensamiento de sus políticos, especialmente a los escritos de Nagy y a los de Istvan Bibó. Nagy mostró su pensamiento muy claramente en la crítica que hizo del estalinismo, en concreto de la etapa de Rákosi, en *On Communism: in defense of the new course* y en las ideas que vertió en sus *Memoranda*. En *On Communism*, Nagy se muestra muy decepcionado de lo que ha sido la práctica del estalinismo, del modelo cerrado soviético, de la primacía indiscutible del Partido Comunista y de los planteamientos económicos del sistema. Habla de lo que él denomina *el nuevo curso* que no es otra cosa, que una oposición clara a los principios sagrados soviéticos. Rechaza desde el inicio de sus planteamientos la primacía de la industria pesada, las colectivizaciones forzosas agrarias y la represión de los disidentes, lo que quedaría reflejado en su programa de 1953, en el breve tiempo en que pudo planificar algo nuevo hasta que cayó en desgracia. En los *Memoranda* es donde se aprecia con mayor claridad el resultado de la evolución que se había ido produciendo en el pensamiento de Imre Nagy desde una formación primero socialdemócrata y bolchevique después, hasta una creciente actitud de respeto por el comportamiento de las masas, mucho más acorde con la tradición luxemburguista del período de entreguerras. Al exponer en sus escritos su concepto de socialismo, trataba de las relaciones entre moral y ética, sobre el necesario sentido moral de la política y citaba con frecuencia a Togliatti, al que admiraba por sus reflexiones acerca de la necesidad de compatibilizar el socialismo con las elecciones, y a Fischer. Manifestaba un

indudable rechazo hacia la dictadura, lo que le haría indiscutiblemente incompatible con cualquiera de las vigentes prácticas comunistas, e iniciaría la tradición de un discurso distinto. Su lenguaje resonaría más adelante en personas como Dubcek o Havel, ya entre 1960 y 1980, como la pretensión de tener una vida pública basada en fundamentos éticos o reforzar las funciones de Parlamento y Gobierno:

“Los miembros del Partido y del pueblo húngaro, en conjunto, no desean volver al capitalismo. Desean un régimen de democracia popular que sería la encarnación de la teoría socialista, un régimen que tuviera en cuenta los ideales de la clase obrera en el que la vida pública se basaría en fundamentos éticos, que no sería gobernada por un poder y una dictadura bonapartista degenerada, sino por los propios trabajadores dentro de un respeto a la ley y al orden. La gente sería dueña del país y controlaría su propio destino en su país natal, en el cual la vida del Estado y la de la sociedad se desarrollarían bajo el emblema del amor y el humanismo”².

En otros aspectos llegaría posteriormente más lejos que sus seguidores ideológicos, como en su interés por evitar la participación activa en la confrontación de bloques y posicionarse claramente entre los no alineados. O cuando se intentaba hacer entender en su respeto por las elecciones libres al afirmar que ni siquiera los intereses de la clase obrera deberían oponerse al interés nacional. Y así lo demostró con su Gobierno pluripartidista desde el 28 de octubre de 1956.

Por lo que se refiere a Istvan Bibó, había sido ministro de Estado del último Gobierno de Nagy y ha sido considerado por F. Fehér y A. Heller como “el teórico político de izquierda más valioso de la postguerra en Europa Oriental”³. Bibó fue, además, el único que permaneció en el Parlamento húngaro cuando lo ocuparon las tropas soviéticas el 4 de noviembre e hizo una declaración proclamando la legitimidad del Gobierno de Imre Nagy y de los objetivos que perseguían. Ese mismo día, otro de los miembros del nuevo Gabinete, Béla Kovács, salió del edificio para comunicar que había hablado con los rusos y que le habían prometido que los parlamentarios podrían salir del edificio a cambio de que se rindieran, pero Bibó se quedó dentro y dijo que si le atacaban, sería una prueba irrefutable ante el mundo del aplastamiento de un Gobierno independiente⁴.

Bibó declaró públicamente que la nueva legitimidad del Gobierno húngaro había comenzado el 23 de octubre y, para sustentarla, manifestó que había quedado obsoleta la Constitución de 1949, símbolo del poder estalinista. Redactó un nuevo *Proyecto de Constitución*, de cuyo texto podría deducirse que no se pretendía una ruptura con la URSS, sino una relación entre iguales, aunque también es cierto que lo sensato era manifestarlo así, fuera o no fuera lo deseable. La URSS jamás hubiera permitido el desarrollo de ninguna transformación política en Hungría si se hubiera intentado una ruptura o una autonomía total, como se demostraría más tarde, aun cuando no se hubiera querido romper por parte de los húngaros.

En el *Proyecto* se combinaba el mantenimiento de formas de propiedad socializada con la exigencia de un sistema pluralista libre. Ello era compatible porque el desprestigio del Partido Comunista en Hungría, representado por Rákosi y Gerő, había llegado a ser tan grande que se tenía la práctica seguridad de que ya no podía tener apoyos ningún proyecto que no contemplara una coalición de partidos tal como había existido antes del golpe comunista de 1949. Los elementos esenciales del texto del *Proyecto* de Bibó fueron sintetizados por él tanto en la última declaración que hizo en el Parlamento, como en otros textos muy expresivos de las metas que perseguía la revolución:

“Hungría no pretende seguir una política antisoviética; por el contrario, es su intención coexistir en una comunidad de naciones libres del Este de Europa cuyo objetivo sea fundar sus vidas sobre la base de los principios de la libertad, de la justicia y de una sociedad libre de explotación. Rechazo frente al mundo la declaración infamante de que la gloriosa revolución húngara fue un foco de escapadas fascistas o antisemitas: en esta lucha ha participado todo el pueblo sin discriminación de clase o de religión [...]

[...] El bloqueo del camino hacia una restauración capitalista ortodoxa, anticomunista y archiconservadora, no debe ser preocupación exclusiva de la Unión Soviética y de los comunistas, sino también el objetivo de la juventud húngara, de la clase obrera y del personal militar que han luchado en la revolución, han pagado por ello con su sangre y que en su mayoría no son comunistas sino que

abrumadoramente se autodenominan socialistas. Sería moralmente inadmisible que los beneficiarios fueran fuerzas de restauración llevadas al poder por los votos de generaciones de más edad.

[...] Debería tenerse asimismo en consideración que semejante giro reaccionario que transformaría a Hungría -nación situada entre países comunistas- en quinta columna de Occidente, se convertiría, por una parte, en estímulo constante de nuevos planes de agresión y, por otra, en señal de amenaza para los comunistas amantes de la libertad, de la democracia de otros pueblos al planear la liberalización de sus propios regímenes. Por el contrario, una solución que culminara los éxitos socialistas con las garantías que proporcionan las instituciones libres, marcaría un ejemplo que estimularía la imitación”⁵.

Sin embargo, también es justo reconocer que ese modo de expresarse era el políticamente correcto en la época y que estaba prudentemente “dedicado” a los rusos. De hecho, podemos comprobar que, incluso el pensamiento de Bibó también había sufrido una notable evolución política muy crítica con la visión oficial, como se ve en otro escrito suyo de 1956:

[...] “Según lo proclamado por el marxismo-leninismo, sus metas finales serían la libertad, la liberación del hombre del trabajo y de la opresión que sobre él ejerce la sociedad. Sobre lo deseable de esas metas no existen dudas, pero sí existen sobre el sistema que debería llevar a cabo esos propósitos a buen fin, ya que los ideales van en dirección contraria a los fines identificados con la cultura de la violencia, la permanencia de la dictadura y la constante y autocrática práctica de la pérdida de toda inhibición moral”⁶. Es decir que, aun en el pensamiento de los que calificaron políticamente la revolución de 1956 de democracia socialista, como István Bibó, se ponen de manifiesto dudas acerca de si ese indiscutible objetivo de libertad y dignidad humana que perseguían sería factible dentro del sistema marxista-leninista. Tanto István Bibó como Imre Nagy eran muy críticos con la utilización que se había hecho del marxismo y podían haber basculado ya hacia otros horizontes políticos que no era posible divulgar de viva voz, so pena de inmediato castigo. Por lo que se refiere a un tema tan importante y definitorio de un sistema como el de la propiedad, nadie en la insurrección de 1956 reclamó la vuelta al antiguo sistema del

período de entreguerras, aunque tampoco a la implantación del modelo soviético de 1948. A todo ello se aludía en el lema “no devolveremos ni tierra ni fábrica”, que iba dirigida tanto a los estalinistas como a la extrema derecha. Sin embargo es preciso matizar: el hecho conocido de la oposición frontal de todo el pueblo a las colectivizaciones forzosas, y que Nagy apoyaba de un modo absoluto, nos indica que en el campo el propósito era volver a la reforma agraria posterior a la Segunda Guerra Mundial. Valoraban aquella reforma porque, cuando se llevó a cabo, se había hecho expropiando y redistribuyendo tierras, en primer lugar, a través de comités de campesinos de diferentes ideologías y, en segundo lugar, habiendo delegado en expertos, pues todos los componentes del *Frente* admitieron que este era un asunto de especialistas y no de partidos.

En la industria, sin embargo, después de la guerra se habían confiscado las grandes empresas y de 1945 a 1947 se había logrado un equilibrio entre los propietarios, sindicatos y comités de fábrica. Ahora deseaban profundizar esos contactos entre los diferentes niveles por medio de los *consejos* obreros. Es decir: permanecerían nacionalizadas las empresas nacionales, puesto que por el momento ni podían pretender que la URSS aceptara otra cosa ni había capitales privados ni empresarios u otro tipo de agentes sociales para hacerse cargo de las factorías que se habían instalado, sobre todo desde 1947. Pero pretendían que no fueran estatizadas, sino socializadas; que estuvieran bajo la administración de los *consejos* obreros que tendrían amplísimas facultades de decisión en la orientación y dirección de las mismas. A su lado, sin embargo, sí se reivindicó enseguida la libertad para las pequeñas empresas, tiendas y otros negocios capaces de comenzar en cuanto se tuviera un capital producto del previsible excedente del trabajo agrícola, una vez terminado el sistema de colectivización forzosa.

b) Las demandas de los grupos sociales que apoyaron el levantamiento

Las relaciones de demandas que hemos podido reunir constituyen otra muestra de gran interés de cuáles fueron los deseos de cambio de los distintos sectores de la sociedad.

Se conocen algunas de las más significativas: las de los estudiantes universitarios (completadas con entrevistas a estos estudiantes), las de los estudiantes de la Academia Militar, que se

unieron a los anteriores, las del Círculo Petöfi y las de la Unión de Escritores Húngaros. Esa serie de demandas, junto a las peticiones de los trabajadores de organizarse en los consejos obreros, fueron la base de las propuestas que asumió e hizo suyas Imre Nagy desde los primeros días del levantamiento. En ellas es posible hacerse una idea muy completa de qué pedían los distintos sectores y qué tipo de nueva sociedad se aspiraba a construir.

b. 1. Los estudiantes universitarios y los estudiantes de la Academia Militar, llevando en la cabecera a representantes del Círculo Petöfi que había asumido sus reivindicaciones, fueron a la manifestación del día 23 de octubre expresando su apoyo a unas demandas muy generales. Aludían sobre todo a un movimiento nacionalista, dentro del socialismo, a una revisión de la economía, a un deseo de reemplazo de los líderes y de que no quedaran impunes los delitos y abusos cometidos hasta el momento. De los 10 puntos que aprobaron los estudiantes de Budapest inicialmente, los cinco más significativos eran los siguientes:

1. Retirada de las tropas soviéticas de Hungría.
2. Restauración de un sistema democrático pluripartidista
3. Neutralidad de Hungría y salida del Pacto de Varsovia
4. Supresión de cualquier pago por compensación de guerra.
5. Dar a conocer los balances económicos de comercio exterior y los planes para el uranio húngaro.

Después, con nuevas contribuciones, fueron ampliados hasta 18:

1. Retirada de las tropas soviéticas de Hungría.
2. Que se retire la gigantesca estatua de Stalin que representa la tiranía y la opresión política.
3. Completa libertad de palabra y de prensa.
4. Nuevos uniformes para el ejército húngaro, en vez de sus actuales uniformes tipo ruso.
5. Reorganización del Gobierno.
6. Un Congreso General del Partido Comunista para que en él se eligiera un nuevo líder.
7. Que Imre Nagy reemplace a Hegedüs como Primer ministro.
8. Juicio público del ex-ministro de Defensa, Mihály Farkas.
9. El retorno de Mátyás Rákosi para que sea juzgado públicamente.

10. Convocatoria de elecciones libres, permitiendo presentarse a todos los partidos del Frente Popular.
11. Relaciones de amistad con la URSS, pero sobre bases nuevas.
12. Que el Estado establezca nuevas bases económicas.
13. Revisión de las normas industriales.
14. Revisión de los cupos obligatorios en las cosechas.
15. Revisión de todos los juicios políticos.
16. Libertad para los presos políticos, incluyendo aquellos que todavía se encuentren en la URSS.
17. Que el 15 de marzo se conmemore como fiesta nacional.
18. Una Hungría socialista e independiente.

Aunque los candidatos a oficiales de la Academia Militar habían secundado las peticiones de los estudiantes universitarios, también hubo peticiones propias de los militares. El edificio de la Prensa Militar, en la calle Bajcsy-Zsilinsky había sido tomado por las fuerzas del AVH y después reconquistado de nuevo por los militares rebeldes. Estos, desde las ventanas, lanzaban copias de un manifiesto que acababan de imprimir y hablaban en nombre del Gobierno Provisional solicitando la inmediata retirada de la Ley Marcial, el desarme de la policía política y la salida de Hungría del Pacto de Varsovia. Las noticias de estos hechos ocurridos en el edificio de la prensa militar, las enviaba desde Budapest a Londres el corresponsal del *Daily Telegraph*, Gordon Shephard y decía en sus comentarios: “En ningún panfleto que yo haya visto se pedía abiertamente el final del comunismo, pero sí un Gobierno democrático genuino. Y eso era lo que corroboraban los gritos de los manifestantes dando su aprobación al texto de los panfletos”⁷.

b. 2. Los folletos de la Prensa Militar, publicados asimismo por *The Times* en Londres, mostraban una relación detallada de sus reivindicaciones. Empezaban diciendo: “Juramos por nuestros mártires que conquistaremos la libertad para nuestro país. Las acciones arbitrarias de la cúpula del Gobierno han impuesto demasiados sacrificios en los últimos diez años y ahora han llegado los soviéticos para apoyarlos”. Seguidamente, las reivindicaciones eran las siguientes:

1. Un nuevo ejército profesional y un nuevo Gobierno Nacional en el que estén representados los líderes del levantamiento.

2. El final inmediato de la Ley Marcial.
3. La salida del Pacto de Varsovia y la retirada de las tropas soviéticas.
4. Las cabezas de los responsables de la masacre.
5. La liberación de los detenidos y una amnistía general.
6. Una verdadera base democrática para el socialismo húngaro. Mientras tanto, el ejército deberá asumir la responsabilidad de restablecer el orden y desarmar a la AVH.

Y todavía continuaba: “Sin todo lo anterior, permanecería el peligro de una masacre aún mayor. Condenamos todo tipo de anarquía y destrucción. Camaradas: Nagy y Kádár son ahora miembros de un nuevo Gobierno del ejército revolucionario. Fdo.: El Nuevo Gobierno Provisional y el Comité de Defensa Nacional”⁸.

b.3. Las peticiones del *Círculo Petöfi* son aparentemente muy expresivas del tipo de la reforma que se buscaba (la permanencia dentro del socialismo), pues mencionan como algo meritorio “los principios leninistas”, evidentemente, frente a los estalinistas, pero no es tan claro como puede parecer a primera vista. Por una parte, porque no era posible poder expresar y menos difundir nuevas ideas sin envolverlas en el discurso más o menos oficial que no debía cuestionar el último fin marxista-leninista, de cara a la URSS; por otra, porque es sabido que dentro del *Círculo Petöfi* había muchos intelectuales no comunistas y porque es notorio en sus reivindicaciones el total rechazo hacia el Gobierno comunista del momento. Resulta, al menos, dudoso, que pudieran esperar sinceramente un cambio suficientemente profundo dentro del sistema. Podemos comprobar el firme deseo de cambio en la lista de reivindicaciones que quedaron redactadas como sigue:

1. Que el Comité Central del Partido Comunista sea derrocado inmediatamente y que Nagy esté en la preparación de la sesión.
2. Que el Partido y el Gobierno aclaren la situación económica del país con toda transparencia, revisen las directivas del Plan Quinquenal y elaboren un programa constructivo adaptado a nuestras condiciones.
3. El Comité Central y el Gobierno deberían adoptar todos los medios posibles para asegurar el desarrollo de la democracia socialista, especificando las funciones reales del partido, declarando las aspiraciones legítimas de la clase

trabajadora e introduciendo la autogestión en las fábricas.

4. Para asegurar el prestigio del Partido y de la Administración Estatal, proponemos que Nagy y otros que lucharon por la democracia socialista y los principios leninistas, ocupen un lugar relevante en el Partido y el Gobierno.

5. Proponemos la expulsión de Rákosi del Comité Central del Partido Comunista y su destitución del Parlamento y de la Presidencia. El Comité Central, que desea establecer la calma en el país, debe hacer lo posible para desechar la administración estalinista.

6. Proponemos que sea juzgado el caso de Mihály Farkas en público, de acuerdo con la legalidad socialista.

7. El Comité Central debe revisar las resoluciones que emitió en el período que se cierra ahora -resoluciones que se han demostrado erróneas y sectarias-, sobre todo las de marzo de 1955, la referida al tema literario, de diciembre de 1955 y al Círculo Petöfi, de julio de 1956. Proponemos que sean anuladas y que se destituya a los responsables.

8. Que se hagan públicas hasta las cuestiones más delicadas, incluso los balances económicos de comercio exterior y los planes para el uranio húngaro.

9. Con el fin de consolidar la amistad húngaro-soviética, establezcamos relaciones más cercanas en base al principio leninista de "igualdad total".

10. Pedimos que el Comité Central del DISZ declare su punto de vista acerca de las declaraciones del 23 de octubre y adopte una resolución para la democratización del movimiento juvenil húngaro⁹.

b.4. La Unión de Escritores Húngaros, que también se sumó a la manifestación, expresó igualmente sus peticiones, coincidentes en muchos puntos con las anteriores. Es digno de señalar que en las demandas de los Escritores se recogían puntos concernientes al mundo laboral, lo que es indicativo del acuerdo de los diferentes sectores. Los siete puntos que plantearon eran:

1. "Una política nacional independiente basada en los principios del socialismo y unas relaciones con todos los países, y especialmente con la URSS y las democracias populares, que deben basarse en la igualdad. Pedimos que los convenios y acuerdos económicos que tuvieron lugar en el pasado entre los Estados, sean revisados en base a la igualdad de los derechos de las naciones involucradas en ellos.

2. Pedimos el final de la situación política actual respecto a las minorías nacionales.

3. Pedimos una exposición de la verdadera situación económica del país.

4. Las fábricas deberán estar dirigidas por personas especializadas y por los trabajadores. El actual sistema de salarios debería ser reformado, así como el reglamento de trabajo y las vergonzosas condiciones de los subsidios sociales. Los sindicatos deberían representar realmente los intereses de la clase trabajadora.

5. Nuestra actual política agrícola debería establecerse sobre nuevas bases y los campesinos deberían tener asegurado su derecho de libre organización.

6. El grupo de Rákosi, que busca la restauración del régimen, debería ser eliminado de nuestra vida política. Imre Nagy, el comunista puro y valiente, que cuenta con la confianza del pueblo y todos los que en años anteriores han luchado sistemáticamente por la democracia socialista, deberían ocupar un puesto adecuado. Asimismo se deberían combatir firmemente todos los intentos contrarrevolucionarios.

7. El desarrollo de los acontecimientos precisa que el Frente Popular Patriótico asuma la representación política de las clases trabajadoras de Hungría. Nuestro sistema electoral debería adaptarse a las peticiones de la democracia socialista y la gente debería votar en secreto para elegir a sus representantes en el Parlamento y a todos los órganos de la Administración. Consideramos que, con estas demandas, estamos expresando el sentir de la Nación"¹⁰.

b.5. Los trabajadores, por su parte, como ya indicamos, habían suscrito las peticiones de los estudiantes, aunque con algunos puntos específicos sobre la dirección de las fábricas, sobre el aumento de salarios y sobre las competencias de los sindicatos, temas referidos a prestaciones que, como se puede comprobar más arriba, estaban incluidas en los siete puntos de los escritores. También, fuera de la capital, en las provincias, fue una característica de la organización la amplísima participación de trabajadores jóvenes y oficiales locales. Muchos de los líderes eran granjeros que siempre habían estado opuestos a la colectivización forzosa. Otros pertenecieron a los partidos que habían estado en coalición después de 1945, que todavía eran respetados y ahora eran reclamados para liderar los diferentes comités revolucionarios que surgieron por todo el país en una singular autoorganización espontánea.

Los escenarios eran muy similares en todas partes. En palabras de Békés, C. y Rainer, J., “se tomaba posesión de las plazas y se quitaban las estrellas rojas de sus lugares preferenciales como símbolos de una nueva Era”¹¹.

A la vista de todo lo anterior, nuestra valoración es que estas peticiones correspondieron a los sectores del levantamiento que pudieron tener una concepción más elaborada del tipo de cambio que proponían y son muy clarificadoras de lo que deseaban. Tal como sosteníamos anteriormente, algunos grupos sólo aspiraban a transformar la relación de dolorosa dependencia de la URSS en otra de igualdad. Otros desearon un cambio inaplazable en el país y sólo aspiraban a no volver a situaciones anteriores.

Pero todos los datos que se conocen apuntan a que hubo un consenso en la búsqueda de una representación en Imre Nagy y él, al aceptar las demandas de los insurrectos, pese a su inicial formación bolchevique, apareció ante sus conciudadanos como una persona que parecía haber vuelto a sus orígenes socialdemócratas y que había hecho un verdadero ejercicio de autocrítica como el que se suponía que debían haber hecho las nuevas autoridades postestalinistas, aunque no había sido así.

En opinión de F. Fehér y A. Heller, Nagy se planteó que seguir a la cabeza del movimiento que le había reclamado era “devolver a las masas el poder que el bolchevismo les había usurpado anteriormente con el régimen de Rákosi”.

Fue partidario de que la sociedad recuperara su derecho al voto y que el poder fuera controlado por esa sociedad.

Por ello, él y su grupo denominaron a su objetivo *democracia socialista* y, por ello también, para dichos autores, Nagy fue el “primer eurocomunista”, puesto que fue partidario de que el socialismo sólo debería alcanzar el poder si era elegido por la ciudadanía¹².

Tras el repaso a los planteamientos teóricos de Imre Nagy e István Bibó y a las reivindicaciones de los distintos sectores sociales, podemos afirmar que, con todas las matizaciones y reservas anteriormente apuntadas, lo que se pactó oficial e institucionalmente en Hungría fue un nuevo modelo de socialismo, lo que llamaron una *democracia socialista*.

1.2. La organización social

Como complemento de los elementos teóricos apuntados y para la comprensión de los cambios concretos que se emprendieron tras el levantamiento, nada tan expresivo como las competencias de que se dotaron los consejos, obreros y no obreros, estudiadas por M. Molnár (1971), B. Lomax (1976), C. Castoriadis (1977), y H. Arendt (1963).

Tal como expusimos en otro lugar, la desconfianza en el llamado “sindicalismo leninista” hizo que los húngaros, en la inmensa mayoría de sus reivindicaciones, olvidaron su interesante actividad sindical del período de entreguerras. En esa etapa las relaciones entre sindicatos y poder político hicieron a G. Schöpflin denominar a los primeros años de la regencia de Horthy “semidemocracia” o “dictadura diluida”¹³. Y ese rechazo a incluir sindicatos en el nuevo organigrama de su autogobierno, en opinión de F. Fehér y A. Heller, “les privó de un cauce hacia la posterior transición política tan fructífero como se comprobaría después en Polonia con el sindicato Solidaridad”¹⁴. No obstante, supieron aprovechar otros medios y lograr todavía que su modelo de transición a la democracia fuera tan pacífico que de ella se dijo que “el término ‘revolución de terciopelo’, aplicado a Checoslovaquia, sería más apropiado para el caso húngaro”¹⁵. También está en su haber que el proceso para lograrlo fuera el más corto de Europa del Este.

En cualquier caso, si bien no se organizaron en sindicatos, los consejos fueron creaciones muy importantes desde el punto de vista del rechazo al estalinismo y estuvieron presentes en todas las fábricas del país a las 48 horas del comienzo del movimiento. Entre los más tempranos de los consejos centrales (los que representaban a toda una ciudad o distrito, que estuvieron formados ya el día 26) destacaron por su contundencia y rapidez en organizarse los de Miskolc, Győr, Magyaróvár y los de algunos suburbios de Budapest¹⁶.

Las atribuciones de los consejos en la vida política y económica de Hungría dieron lugar a una intensa polémica desde 1956 sobre cuál fue verdaderamente el papel que desempeñaron: si fueron sólo comités de control de los poderes de cualquier tipo o si pretendían sustituir el aparato de Estado y, por consiguiente, rechazaban los partidos políticos y el sistema electoral

democrático. Hubo algún caso, como el de el Consejo de Borsod que, según Molnár, condenó resueltamente la organización de partidos políticos, pero, en lo fundamental, “los asalariados estatales se decidieron por sus unidades de producción resocializadas en forma de democracia directa, pero aceptando la existencia de una superestructura política: el sistema pluripartidista y elecciones libres”¹⁷. Por lo que se refiere a sus competencias económicas, estuvo bastante más claro. Según B. Lomax, la declaración en que se reflejaron los deberes y derechos de los consejos tuvo los siguientes puntos:

1. La fábrica pertenece a los trabajadores.
2. El cuerpo supremo de control de la fábrica es el Consejo Obrero, elegido por los trabajadores.
3. El Consejo Obrero elegirá su Comité Ejecutivo, que tendrá de 3 a 6 miembros.
4. El director y empleados de mayor categoría serán elegidos por el Consejo Obrero.
5. El Director es responsable ante el Consejo de todo lo que ocurre en la fábrica.
6. El Consejo Obrero se reserva los derechos de: aprobar y ratificar todo lo concerniente a la empresa; decidir los niveles básicos de salarios y decidir los contratos extranjeros.
7. El Consejo Obrero resolverá los problemas derivados de contratos y despidos.
8. El Consejo Obrero tiene derecho a examinar los balances y a decidir qué se hace con los beneficios¹⁸.

Entre los rasgos generales y sintetizadores de los objetivos de esos consejos, dos de los más avezados especialistas en diferentes análisis de la revolución húngara -Castoriadis y H. Arendt- resaltan ante todo tres: el deseo de democracia directa, de autogestión y libertad para autoorganizarse en las empresas y de control del poder por parte de los ciudadanos en todos los ámbitos en que ello fuera posible. Hannah Arendt subrayó la importancia de ese papel de controladores del poder al propiciar la participación directa en la toma de decisiones y en que los ciudadanos pudieran entablar un diálogo permanente con sus representantes. Asimismo, destaca como un rasgo muy valorable su carácter federalista (ya que surgieron por todo el país), aunque en Hungría, en honor a la verdad, ése también podía ser considerado un rasgo peligroso pues en el pasado había sido la nobleza terrateniente la que había sido federalista o localista y no se había destacado históricamente por emprender reformas que hicieran avanzar la sociedad, sino

todo lo contrario. Los reducidos sectores liberales que hubo habían sido centralistas. Se habían tenido que colocar alrededor de la Monarquía de los Habsburgo para tener un apoyo frente a los nobles¹⁹.

De otra parte, Castoriadis, que estudia con bastante minuciosidad los objetivos de los consejos obreros húngaros, les confiere una excepcional importancia como realización positiva, organizativa y expresión de la evolución del pensamiento político opuesto al estalinismo. Les atribuye la rara cualidad de la creatividad política, de haber proporcionado una novedad radical en el funcionamiento de las relaciones sociales con el establecimiento de la democracia directa y la autogestión. Él valoró de un modo especial el hecho de que los puntos más importantes del programa de los consejos obreros no se limitaran a temas referidos a las fábricas, sino que incluyeran aspectos políticos, como había ocurrido también en las reivindicaciones de otros sectores sociales. Fueron los siguientes:

1. Autogestión de las empresas
2. Abolición de las normas de trabajo
3. Reducción drástica de las desigualdades de ingresos
4. Máximo control sobre los aspectos generales de la planificación
5. Control de la composición del Gobierno
6. Nueva Orientación en materia de política exterior²⁰.

Castoriadis diferencia con énfasis la autogestión entendida como en Yugoslavia y la que los consejos reivindicaron para Hungría, pues en la organización creada por Tito los consejos obreros decidían en la práctica únicamente sobre la producción, mientras que era la Liga de los Comunistas Yugoslavos la que controlaba todo lo demás referente a las fábricas. En Hungría, sin embargo, las competencias de los consejos fueron muy superiores, como hemos visto al exponer los derechos y deberes de los mismos.

En cualquier caso, la importancia decisiva de los consejos para Castoriadis estuvo en el establecimiento de la democracia directa y en su arraigo en colectividades concretas, no necesariamente en las fábricas, para que en cualquier segmento de la sociedad pudiera existir potencialmente un modo de control del poder. Esto sería posible porque, si bien la forma del consejo no podría garantizar la participación activa de una sociedad, al menos

podría hacerla posible, mientras que las formas de democracia representativa, al crear profesionales de la política, garantizarían, por el contrario, la imposibilidad de tal participación, excepto en las fechas señaladas para votar. Por todo ello, aunque en Hungría no hubo ocasión de comprobar cómo hubieran discurrido desarrollos de esa naturaleza, estaba en marcha un proceso antiautoritario y los consejos se configuraron con verdadero entusiasmo por todo el país sin que sus defensores y protagonistas encontraran incompatibilidad alguna con la coexistencia simultánea de un Gobierno y de partidos políticos.

Lamentablemente, y pese a la sugerente literatura acerca de los consejos y de esas notas encomiables de antiautoritarismo y pretensiones autogestionarias que les eran propias, es necesario exponer algunas dudas razonables acerca de su posible eficacia empresarial. En la consideración de sus puntos programáticos, con la excepción de las demandas de algunos de los grupos, como el de los escritores húngaros, echamos de menos la exigencia de que los directores de las empresas fueran verdaderos especialistas, cuya ausencia era uno de los más importantes lastres de los complejos industriales de Europa Oriental. Es algo que, sin embargo, Alexander Dubcek sí incluyó en su Programa de Acción, diez años después, en 1968, y que hoy día llama la atención por lo que tiene de pragmatismo y reconocimiento de los errores del sistema. Los redactores del plan económico checo reconocieron el estancamiento y los malos resultados como producto de unas políticas económicas ineficaces y una incompetencia que no tuvieron inconveniente en admitir y, como consecuencia, también aceptaron la necesidad de una verdadera política de gestión, en la que pusieron como ejemplo los métodos occidentales:

“No es posible dirigir bien la producción desde unas cuantas instituciones centrales del Estado, porque ni pueden conocer con detalle las condiciones de la producción, ni las de los consumidores. Los resultados económicos dependen hoy, sobre todo, del nivel de gestión y la baja calidad de la gestión en Checoslovaquia se ve ilustrada por la cantidad de horas que se pierden en reuniones inútiles y en la escasa preparación de los directores (...) En una encuesta de 1963, de 11.941 directores de empresa, sólo 2.822 poseían educación superior. En los países capitalistas, los mayores propietarios no resultaron los mejores directores,

sino que hoy se observa en la producción capitalista una formación creciente y una preparación de los cuadros dirigentes (...) Las mayores sociedades capitalistas hacen su selección entre los mejores alumnos que salen de las escuelas superiores, casi siempre con la ayuda de test psicotécnicos; les proporcionan una postformación escolar particular donde toman conocimiento del empleo de técnicas modernas de cálculo en la gestión y se esfuerzan por aprender los métodos modernos de marketing y los métodos sociológicos y psicológicos de gestión. Las personas así formadas son enviadas a continuación a una estancia en firmas extranjeras; cuando regresan, tiene todavía que pasar en el interior de la empresa por todas las secciones. A continuación son designados como asistentes de los dirigentes para que asimilen su experiencia”²¹.

Esta preocupación de Checoslovaquia por la eficacia técnica apenas se aprecia en Hungría en 1956, al menos en las referencias explícitas de la mayoría de los consejos. También es cierto, sin embargo, que mientras el Programa de Acción se elaboró lentamente durante casi un año, el levantamiento húngaro fue un estallido inesperado en el momento en que se dio y sin una base previa de un sector disidente organizado dentro del propio Partido, como en el caso del grupo que apoyó a Dubcek y que preparó con sumo cuidado una alternativa, pese a que tampoco ese proceder le evitara el fracaso.

Fuera de Budapest, en otras ciudades, los consejos sí se mostraron en ocasiones más cercanos a planteamientos técnicos -como el de Miskolc- y presentaron reivindicaciones mucho más generales que hacían referencia también a la libertad y a la petición de elecciones libres. En concreto los de Miskolc y Magyaróvár, además de señalar claramente sus propias reivindicaciones, se hacían eco de lo que estaba ocurriendo en Budapest, se manifestaban como parte del mismo movimiento y fueron la expresión de la amplitud del levantamiento nacional y de la diversidad de posturas que se agruparon en él. El consejo obrero de Miskolc exigió:

“Que los puestos directores del Estado y del Partido sean ocupados por comunistas o no comunistas que se identifiquen con el internacionalismo proletario, sin embargo, teniendo que ser en primera línea húngaros y respetar nuestra tradición nacional y nuestro pasado milenario; que se termine con la

“carnicería” de Budapest; que sean eliminadas de la vida política las personas comprometidas por el culto personal; que sean relevados todos los responsables de la mala dirección y planificación; además, aumento de sueldo y la seguridad de que ‘el Parlamento no siga siendo una máquina de votar y los diputados unos sellos de goma’²².

Otro consejo que fue tristemente recordado por causa de la matanza que se perpetró en la ciudad que lo cobijara, fue el de Magyaróvár que fue el que presentó el programa más exhaustivo y explícito. Sus puntos más significativos eran:

1. Elecciones libres y democráticas bajo el control de Naciones Unidas.
2. Garantía de seguridad interior y exterior en Hungría por las Naciones Unidas hasta que se pueda constituir un Gobierno en base a los resultados de las elecciones.
3. La admisión de todos los partidos democráticos.
4. Libertad de prensa y de asociación
5. Actividad libre de los sindicatos.
6. Restauración de las organizaciones profesionales agrarias.
7. Restitución de los derechos humanos a los perseguidos e intelectuales que fueron degradados.
8. Libre ejercicio de la profesión para pequeños industriales y comerciantes.
9. Reorganización de las asociaciones juveniles prohibidas por el comunismo.
10. Libre regreso de los deportados a sus domicilios.
11. Libertad para los presos políticos.
12. Nueva parcelación de las tierras entre los campesinos.
13. Eliminación de las diferencias de clases.
14. Reparación de las graves injusticias cometidas contra la Iglesia.
15. Disolución inmediata de la policía secreta.
16. Retirada inmediata de las tropas soviéticas²³.

Finalmente, el consejo de Győr, presidido por Attila Szigety, exigió:

1. Una democracia de tipo occidental
2. Admisión de partidos políticos de cualquier tendencia.
3. Elecciones libres.
4. Alto el fuego y retirada de las tropas soviéticas²⁴.

Es indiscutible que las reivindicaciones tuvieron muchos puntos en común, pero también hubo diferencias entre aquellos que parecían inclinarse fundamentalmente por llegar a un régimen democrático de tipo occidental y los que estuvieron más en la línea de un nuevo socialismo y que hicieron hincapié en la propiedad socializada. En casi todos los casos, sin embargo, la etapa estalinista había creado en la gente una desconfianza tan generalizada en la política anterior que se prefirió mayoritariamente la fórmula consejo a la de sindicato. Igualmente, se solicitó desde el primer día la vuelta a la legalidad de los partidos políticos y así surgió esa creación inédita húngara de la coexistencia de consejos y partidos.

Cuando el día 31 de octubre se reunió en Budapest el “Parlamento de consejos obreros”, quedó meridianamente claro (a nivel institucional) que lo que se deseaba era un sistema de autogestión inspirado inicialmente en el yugoslavo, pero al que superaron en el conjunto de sus reivindicaciones. Y no iban a ser los únicos consejos que se crearon en Hungría los de obreros, sino de otros muchos sectores sociales que demostraron así su deseo de una participación lo más directa posible en todos los ámbitos de la vida. Hubo consejos de vecindad, de escritores y artistas, de estudiantes, de militares y de funcionarios. Y algún otro tan original y significativo del momento en el que surgieron como el de “luchar juntos por las calles”.

Otra demanda constante y desde el inicio de la insurrección fue que ese Gobierno nuevo que se deseaba y en el que tantas expectativas de cambio se estaban poniendo, fuera presidido por Imre Nagy, y que fuera el producto de un sistema pluripartidista. De hecho, “el 23 de octubre, las grandes manifestaciones que circulaban por la ciudad, pasaron en una hora del grito de ‘Imre Nagy al Gobierno’ a otro que era ‘elecciones libres’ y el país protagonizó un momento colectivo de desobediencia civil”²⁵. Otras fuentes no hablan de peticiones tan tempranas de que el primer ministro fuera Imre Nagy, pero sí se adhirieron después a los que lo demandaron desde un principio.

Por último, varias plataformas reivindicativas incluían la solicitud de “supresión de las normas de trabajo”, lo que nos permite observar dos interpretaciones distintas acerca la forma de reaccionar de los húngaros con respecto al

sistema de trabajo impuesto hasta ese momento. De nuevo se contraponen aquí Castoriadis y F. Fehér-A. Heller: Castoriadis, muy en su concepción tan contraria a las reglamentaciones externas, otorga un valor supremo a la negativa a seguir las normas de trabajo o el “taylorismo” socialista burocrático o capitalista (tanto da, según él, a este respecto) y considera que los hombres (que no acepta que fueran “animales perezosos”, como decía Trotsky en *Terrorismo y Comunismo*), rechazaron trabajar por la presión de medios coercitivos o financieros y se autoorganizaron creando sus propias normas y prosiguiendo su autoeducación²⁶.

Por su parte, F. Fehér y A. Héller, desde una posición más pragmática, ponen el acento en que las normas se rechazaron tan drásticamente por el tipo de normas que eran; que se eligió la respuesta de la huelga general porque hubo una explosión “contra el trabajo impuesto en régimen stajanovista, por una política salarial tan explotadora que sólo podía compararse con los niveles salariales de las clases trabajadoras más explotadas del sur de los Balcanes”²⁷. No reaccionaron ante unos principios teóricos, sino ante unas condiciones concretas.

En definitiva, las reivindicaciones de los insurrectos fueron mal comprendidas tanto por los comunistas conservadores, como por los observadores occidentales. La tradición comunista tenía desde sus inicios poca confianza en los movimientos de masas y los líderes siempre los habían mirado con cierta suspicacia porque se podían “desviar” de la ortodoxia revolucionaria. No supieron prever que esa actitud propiciaría los levantamientos populares precisamente porque su talante impedía una reforma pactada dentro del sistema. Los observadores occidentales, por otro lado, ni podían entender la proliferación de los consejos, ni daban crédito a que los antiguos comunistas, entre los que se contaba Nagy, pudieran cambiar tanto, pese a que Nagy ya había cambiado entre 1953-1955. Por ello, una de las versiones más extendida en Occidente fue la de que el Gobierno de Nagy estaba “desesperado” y sólo cedía ante su pueblo por la magnitud de la protesta:

“El día 27 la situación era tan rebelde que se pensaba que podría hacer falta que se trajeran refuerzos. Existe el peligro de que el movimiento se extienda a toda Europa Oriental y, por ello, la URSS debería negociar como sea (como hizo con Gomulka) para evitar que la

lucha se extienda. El Gobierno de Nagy no se está rindiendo a los rebeldes, pero esta tarde se percibía un cambio en las transmisiones de Radio Budapest. El Gobierno está tratando de controlar la situación y utiliza las tácticas de un grupo de personas desesperadas: negociar con los *consejos* de trabajadores e, incluso, recomendar la formación de *consejos* en otras áreas y declarar que el Gobierno acepta todas las peticiones”²⁸.

Según G. Krasso, por esa necesidad apremiante de un cambio y de no haber intentado ninguna mejora de la durísima situación que se vivía con Rákosi, la revolución húngara fue el movimiento de Europa del Este en el que se mostró más clara y rotundamente en qué consistían las aspiraciones de esa nación²⁹. Él sostiene que, “pese al aplastamiento que llevó a cabo la URSS, la revolución húngara logró más resultados para Hungría que ningún otro movimiento en Europa Oriental. Su programa contó con las mejores reformas socialistas, a finales de ese octubre de 1956, y supuso la proclamación de dos principios básicos y ciertamente radicales: situar a la ciudadanía por encima del Partido y a Hungría libre de la dependencia de la URSS”³⁰. Sin embargo, esa afirmación es muy discutible si tenemos en cuenta que los “resultados” de la revolución, en la práctica, fueron la continuación de la dirección política húngara en la persona de Kádár. Y en su gobierno, después de la durísima y oculta represión, Kádár, con su posterior apertura hacia formas privadas de propiedad y mayor producción de bienes de consumo, mantuvo una sociedad amordazada y apolítica, una ficción respecto del modelo comunista ortodoxo, aunque con la única nota definitoria que al parecer realmente importaba: una incuestionable dictadura de partido único. En la nueva etapa se decidió no exigir a nadie que fuera comunista, sino que no fuera “contrarrevolucionario”, es decir, públicamente partidario del capitalismo. La nueva cúpula política sabía que no iba a lograr ninguna otra cosa por causa del rechazo generalizado hacia el sistema anterior³¹. Pero no se puede considerar que eso fuera haber situado a Hungría por encima del Partido ni independiente de la URSS. Esa afirmación de G. Krasso se podía hacer respecto de los días del levantamiento de octubre, pero lamentablemente no fue su resultado.

En síntesis, la revolución húngara de 1956 fue un levantamiento masivo y espontáneo de toda

la nación motivado fundamentalmente por las condiciones míseras de la vida cotidiana y por un deseo muy intenso de independencia respecto de la URSS. A partir de ahí, confluyeron en la rebelión sectores diferentes con distintos proyectos sociales que con el tiempo hubieran concretado el cambio en formas muy distintas y que no nos es posible predecir. Desde el punto de vista del quehacer histórico, no es oportuno, en rigor, hacer futuribles, pero sí podemos señalar los campos diferentes en que se programaron cambios y qué tipo de cambios fueron. Después, es legítimo expresar una opinión sobre su viabilidad, a la luz de los hechos y de la investigación realizada. Para la definición de esos cambios que buscó la insurrección, creemos necesario distinguir entre el nivel institucional político y económico y el nivel de las aspiraciones a más largo plazo.

Institucionalmente, por todo lo anteriormente expuesto, consideramos que lo que los políticos reformistas y los líderes de los trabajadores desearon para Hungría puede calificarse de “un nuevo socialismo” o socialismo democrático. La calificación de una “Hungría socialista e independiente” no fue cuestionada por ningún grupo de los que lucharon y fue asumida por el Gobierno de Coalición que era multicolor políticamente. La Constitución que se estaba elaborando también iba a definir de ese modo a Hungría y se redactaba con el consentimiento del Parlamento y teniendo a la cabeza a István Bibó, un líder del Partido Nacional Campesino, no del Partido Comunista. Por lo que respecta a las formas de propiedad, hubo dos modelos diferentes: en la agricultura, se declaró la propiedad particular de las tierras desechando sin ambages la colectivización forzosa que tanto rechazo había ocasionado. En la industria, sin embargo, se aceptó la permanencia del control estatal de los grandes complejos industriales (especialmente minas y banca), aunque controlados por los consejos obreros, junto a la privatización de las pequeñas empresas o tiendas y comercios. En cualquier caso, hay que hacer una puntualización importante: es cierto que, sobre el papel, ése era el planteamiento del proyecto de cambio. Ahora bien; si observamos atentamente las reivindicaciones de los distintos sectores sociales y, sobre todo, específicamente las de los trabajadores y de algunos de los consejos obreros, como los de Mosonmagyaróvár y Győr, comprobamos que llegan a hablar de sindicatos (los propios consejos) y de “democracia de tipo occidental”. Es decir: las aspiraciones oscilaban entre una

reforma del socialismo o socialismo democrático, que fue la definición del breve gobierno encabezado por Nagy, y un deseo de democracia occidental que, sin duda, también tuvieron otros sectores, aunque ésta no dejara de ser muy singular cuando reivindicaba los consejos reivindicaban sindicatos. En conjunto, lo que es indiscutible es que se aprecia una tendencia hacia un deseo de cambio radical y un ansia irrefrenable de libertad a todos los niveles, expresado con mayor o menor moderación según los grupos. De esta concepción del sistema de propiedad, dijo el que fuera comandante en jefe de Corvin durante los días de la insurrección:

“Nosotros no pretendíamos traer de atrás, del pasado, nada de aquel sistema social, sino que sólo buscamos lo que pudiera servir para el mejor interés de la nación. Buscamos un socialismo en su verdadero significado. Un socialismo húngaro en el que todos los medios de producción (excepto minas y bancos) serían manejados por manos privadas. Los trabajadores serían “accionistas” de las fábricas e industrias en las que trabajaran y los beneficios serían divididos en consonancia con su categoría y nivel de producción³². Los *consejos* de trabajadores, cuyos miembros serían elegidos por los mismos trabajadores, tendrían la misión sindical y su proceso de selección no tendría la finalidad de servir al Partido, como en el resto de los países de nuestro entorno, sino a los trabajadores. Cada empresa cedería cierta tasa al Estado antes de dividir los beneficios entre los trabajadores³³. Esas aparentes contradicciones entre la adopción del sistema de consejos y su coexistencia con los partidos políticos, mención de sindicatos, rechazo de las colectivizaciones pero aceptación de empresas estatales, pudo deberse a algo tan sencillo como una apreciación realista de la situación. No podía haber todavía capitales para explotar particularmente esos enormes complejos industriales existentes desde 1949 y no se veía una posibilidad de transformación estructural en un plazo inmediato. Incluso, la constante referencia al modelo económico surgido entre 1945 a 1949, aunque no hubiera sido perfecto, era casi obligado dada la limitada experiencia de Hungría en su desarrollo económico autónomo; pero sí se buscaron fórmulas para participar en el control y evolución futura de las empresas y se plantearon intentarlo con los consejos obreros. Tal vez hubiera sido útil y eficaz la fórmula de los consejos o tal vez no. No hubo tiempo de comprobarlo. Pero el hecho de que

ese modelo coexistiría desde ese momento con un sistema pluripartidista y de elecciones libres, habría hecho relativamente sencillo -y, en cualquier caso, viable- el cambio si la fórmula no se hubiera revelado conveniente.

Si Hungría hubiera empezado a andar con los cambios que perseguía la revolución, es posible que se hubiera experimentado otro tipo de socialismo en Europa. Pero también podría haber sido el comienzo de una muy incipiente hacia una economía de mercado. Esta última opción no es nada desdeñable si tenemos en cuenta que en las elecciones de 1945 los comunistas sólo obtuvieron el 17% y la experiencia nefasta de los años transcurridos sólo pudo haber contribuido a que esa cifra descendiera, como, de hecho, afirmó György Lukacs, que consideraba que, de haberse celebrado elecciones en 1956, los comunistas no hubieran sobrepasado el 5 ó 10% de los votos. Por otra parte, tampoco es un dato menor el hecho de que espontáneamente, en sólo dos días, surgieran los consejos por todo el país y que los insurrectos no hubieran reivindicado otro tipo de control empresarial ni otra fórmula por poco factible que pudiera parecer, excepto dos de ellos que hablaron de sindicatos. Asimismo, eran escasas las posibilidades de que pudiera triunfar un sistema económico de esas características dentro de un sistema pluripartidista y lo cierto es que ese fue el sistema que se demandó desde un principio. Por lo que se refiere a Imre Nagy había intentado mediar entre el Partido Comunista gobernante y el pueblo, y entre Hungría y la URSS, pero, cuando no pudo evitar el elegir, y en base a todos los documentos de que disponemos, Nagy y sus colaboradores eligieron identificarse con el pueblo húngaro y no con Moscú. Refrendaron las peticiones que los distintos sectores habían manifestado y optaron por luchar por una vía propia al socialismo que incluyera instituciones que combinaran democracia directa y elecciones libres. Los rasgos que caracterizaron el proceso (desde la lectura de los estudiosos políticos afectos al socialismo, como F. Fehér y A. Heller) fueron los de una revolución luxemburguista, sobre todo dos de ellos: la pérdida definitiva de la dictadura del Comité Central del Partido Comunista, tal como Rosa Luxemburgo había predicho que ocurriría y el hecho de haber sido un proceso antiautoritario que generó instituciones como los consejos obreros y que abrió el cauce a la aparición de los partidos políticos. Los insurrectos fueron apoyados, además, por el ejército, la policía y la

guardia nacional. Se persiguieron objetivos esenciales que no fueron posibles, pero que terminarían siendo muy importantes en la evolución política de la izquierda europea, como se comprobaría con el paso del tiempo.

CONCLUSIÓN

Sea cual fuere la valoración que se pueda hacer de la revolución que los húngaros emprendieron, es evidente que estuvo impulsada por los más firmes deseos de independencia nacional respecto de la URSS y de democratización de la vida pública. Los que pretendieron un *socialismo democrático*, trataron de hacerlo posible mediante los consejos (controladores de los poderes políticos y económicos) en coexistencia con los partidos. Para el resto, la exigencia de elecciones libres y de un sistema pluripartidista hubiera abierto una vía firme, en un plazo más o menos lejano, a una muy temprana transición hacia una *democracia de tipo occidental*. La URSS debió participar de estos puntos de vista y no dio la oportunidad de que existiera un futuro para poder comprobarlo. Occidente se opuso verbalmente, pero se desinteresó enseguida cuando surgió la simultánea crisis de Suez en la que tenía importantes intereses económicos. Y EE.UU., en la práctica, demostró que reconocía desde el principio, el “derecho” de la URSS sobre el Este de Europa. A la vez que hacía lo posible para convencer a la opinión pública de que a América no le era indiferente la lucha de Hungría por la libertad, procuraba también no enturbiar las relaciones con Moscú. Hasta tal punto que Foster Dulles, en un discurso que dio por indicación de Eisenhower, declaró que “los países de Europa Oriental que volvieran a conseguir su libertad no supondrían una amenaza para la seguridad de la URSS, pues los EE.UU no los consideraría como aliados militares potenciales” e indirectamente dio luz verde a la invasión soviética³⁴. El mantenimiento del *statu quo* y del equilibrio de las Zonas de Influencia fue lo más importante para las grandes potencias y para el mundo en general y Hungría fue sacrificada.

NOTAS

¹ Heller, A.; Feher, F., “El impacto de la revolución en Hungría”, en *Análisis de la revolución húngara de 1956*. Barcelona, Hacer, 1983, 90. Gutierrez Álvarez, José, “1956: reforma en Polonia, revolución en Hungría”. *Historia*, XIX-225 (1986).

² Citado por Molnár, M., *Budapest, 1956. A history of the Hungarian revolution*. Londres, 1971, 97.

³ Heller, A.; Feher, F., *Análisis...*, op. cit., 25-35.

⁴ “The defiance of Mr. Bibó”, en R. Lettis, *The Hungarian Revolution* (Melvin Lasky, ed.), 4/5, 1999. Disponible desde Internet en: <<http://www.msstate.edu/Archives/History/hungary/Lettis>>.

⁵ Textos de I. Bibó recogidos en *Statement of the Imre Nagy Government* y en *Draft of a compromise solution of the Hungarian Question*, citados por Heller, A.; Feher, F., *Análisis...*, op. cit., 28 y siguientes.

⁶ Soltész, I., *Dosszie Rajk*. Budapest, Lang, 1989.

⁷ *Daily Telegraph*, 27 de noviembre de 1956.

⁸ *The Times*, 27 de octubre de 1956.

⁹ “Petöfi circle's ten demands”. Hungarian News Agency [documento en línea] Disponible desde Internet en: <<http://www.msstate.edu/Archives/History/hungary/Lettis>>.

¹⁰ Radio Broadcast from Hungary, en Lettis, R., *The Hungarian...*, op. cit., 6/7.

¹¹ Békés, C.; Rainer, J., *The 1956 Hungarian Revolution*. Budapest, Ministry of Foreign Affairs, 1996, 6.

¹² Heller, A.; Free, F., *Análisis...*, op. cit., 159-60.

¹³ Schopflin, G., “Hungary: un uneasy stability”, en A. Brown; J. Gray, *Political culture and political change in communist states*. Londres, The Macmillan Press, 1977, 42.

¹⁴ Heller, A.; Feher, F., *Análisis...*, op. cit., 97.

¹⁵ González Enríquez, C., *Crisis y cambio en Europa del Este. La transición húngara a la democracia*. Madrid, S. XXI Editores-CIS, 1993, 360.

¹⁶ Molnár, M.: *Budapest...*, op. cit., 174-179.

¹⁷ Heller, A.; Free, F., *Análisis...*, op. cit., 144.

¹⁸ Lomax, B., “The hungarian revolution of 1956 and the origins of the Kádár regime”. *Studies in comparative communism*, 1985, 140-141.

¹⁹ Stokes, G., “The Social Origins of East European Politics”, en D. Chirot, *The origins of backwardness in Eastern Europe*. Berkeley, California University Press, 211 y siguientes; Heller, A.; Feher, F.: *Análisis...*, op. cit., 154.

²⁰ Castoriadis, C., “La fuente húngara”, en *La exigencia revolucionaria*. Madrid, Acuarela, 2000, 80.

²¹ Sik, O., *Autogestión en Checoslovaquia*. España, Zero, 1969, 11-14.

²² United Press, 26 de octubre de 1956, citado por Rónai, Z., “La verdad sobre Hungría”. *Política Internacional*, 29 (1957), 48-49.

²³ AFP, 29 de octubre de 1956, citado por Rónai, Z., “La verdad...”, op. cit., 49.

²⁴ *Ibid.*, 50.

²⁵ Heller, A.; Feher, F., *Análisis...*, op. cit., 122.

²⁶ Castoriadis, C., “La fuente...”, op. cit., 95.

²⁷ Heller, A.; Feher, F., *Análisis...*, op. cit., 153. El régimen stajanovista, además de ser brutal por las presiones a las que sometía a los obreros, lograba una productividad tan elevada que sólo podía lograrse mermando la calidad de los productos, lo que

constituía otro motivo grande de descontento y malestar.

²⁸ Como puede verse, la interpretación demuestra que no se tiene un conocimiento claro de la asunción de Nagy y los suyos de las demandas de los insurrectos y lo presenta como una táctica para que no empeorara la situación. Zorza, V., “The Government despair”. *Manchester Guardian*, 27 de octubre de 1956.

²⁹ György Krasso había sido sentenciado a 10 años de cárcel en 1957. El 12 de febrero de 1979 él fue el primer personaje que habló de los hechos de 1956 en un mitin público, calificando a lo que allí había ocurrido como una “revolución nacional democrática”. En 1981, en un apartamiento privado aprobó la conmemoración del 25 aniversario de la revolución de octubre. Su homenaje fue recogido en el libro de B. Lomax, *Hungría, 1956* (London, Allison and Busby, 1976), en la “Samizdat” húngara titulada *Magyarország, 1956* (Budapest, 1979, reeditada por el “Magyar szabadsaghereos világ szövetség”-Asociación Mundial de combatientes por la libertad de Hungría-, Calgary, Canadá, y en París por “Magyar Füzetek” and “Dialogues Européens”).

³⁰ Hirmondo, A., “Memory of the dead”. *Survey*, XXVIII-2 (1984), 15.

³¹ Esa actitud queda claramente expresada en su célebre máxima: “Quién no está contra nosotros, está con nosotros”.

³² Las comillas del término accionistas aparecen en el original.

³³ Pongráz, G., *Corvin Köz, 1956* (Corvin Circle, 1956). Chicago, Ed. Szivárany, 1983, 9.

³⁴ Hacemos este tipo de afirmación en base a la existencia de dos telegramas que envió el Ministerio de Exteriores americano, uno, a su embajador en Moscú, Charles Bohlen, y otro, a Tito cuando se encontraba en la reunión de Brioni del 2 de noviembre tratando con Jruschov y Malénkov sobre la invasión de Hungría del 4 de noviembre. En el primero, del 29 de octubre, los americanos aseguraban al Gobierno soviético que “el Gobierno de los EE.UU. no ve a ninguno de los países miembros del bloque soviético como un posible aliado militar y no es de su incumbencia lo que los rusos hagan en Hungría”. Este telegrama llegó en 29 de octubre, cuando ya los rusos se habían resignado a que la revolución húngara había triunfado. Pero sirvió para animarles a la intervención posterior, pues incluso terminó con ciertas disensiones que existían en el Politburó soviético, que, desde ese momento aunaron sus posiciones. En el segundo telegrama, el 2 de noviembre, enviado a Tito, EE.UU. insistía en que “el Gobierno de los EE.UU. no contempla favorablemente a esos gobiernos que están en relaciones poco amistosas con la URSS”. Jruschov y Tito contestaron que en uno o dos días resolverían el asunto. Y lo siguiente fue la invasión del 4 de noviembre. Ante datos tan explícitos, se podría considerar que la actitud de los EE.UU. realmente dio las seguridades necesarias a la URSS para intervenir en Hungría